

Con este nuevo pelaje Luis XV tenía aún noble aspecto; pero no había en él ninguna señal reveladora de que tuviera derecho á sentarse en el primer trono de Europa.

Porque, debemos decirlo, siempre, como su bisabuelo Luis XIV, respetaba la realeza mucho más que la religión.

Teniendo conciencia de que sus desarreglos de la calle de Saint-Médéric cuadraban mal á la dignidad, de que nunca debe apartarse un rey, procuraba, antes de entregarse á ellos, abandonar las pompas de la Majestad para convertirse en un simple aristócrata.

No obstante, como tenía que aparentar ser un gran personaje, para imponerse á sus odaliscas, se hacía pasar por el príncipe polaco Boleslas Kzinski, pariente de la reina.

Parentesco que, por fortuna, la pobre María Leczinska, la más virtuosa de las mujeres, nunca había sospechado, pues, de lo contrario, se hubiera muerto de vergüenza.

Disfrazado como acabamos de indicar, el monarca se dirigió al saloncito en donde estaba encerrada la señorita de Lagardère-Nevers, entanto que la Pompadour regresaba al castillo para anunciar á sus dos íntimas, las señoras de Hausset y de Mirepoix, las felices disposiciones en que estaba el monarca con respecto á su víctima.

XI

EN DONDE EL SUPUESTO PRÍNCIPE POLACO SE VA POR LA TANGENTE

Desde que, tras su inútil tentativa de fuga, había caído Blanca en la otomana derramando lágrimas de vergüenza y rabia, conservaba la misma posición, es decir, estaba replegada sobre sí misma y con las manos crispadas contra el rostro.

Poco á poco iba oscureciéndose el salón.

Sin embargo, no eran aún las siete de la tarde y empezaba la segunda quincena de junio.

Pero aquella oscuridad se debía á la cortina de árboles situada frente á la ventana así como también á la reja que protegía los cristales, que formaban una doble pantalla que interceptaba parte de la claridad.

Á pesar de su abatimiento, la joven había seguido aquella disminución progresiva de la claridad, y, sin que tuviera precisamente miedo, á medida que se iba

retirando la luz, invadía una ansiedad desconocida, casi angustia.

Hacía lo menos dos horas que había desaparecido la señora Bertrand, y desde entonces, nada vino á turbar la soledad y el silencio que la rodeaban.

De repente, un ruido seco, análogo al rechinar de un cerrojo, la hizo estremecerse y sobresaltarse.

El salón acababa de alumbrarse con un rayo luminoso, y en la esquina de una abertura que acababa de producirse en la pared situada enfrente de ella, había un criado que tenía en la mano un candelabro de seis bujías, cuya claridad recaía toda en su insignificante rostro y en su librea de color pálido.

Extrañada, miraba Blanca al hombre y la antorcha, olvidándose de tratar de huir por aquel hueco que le dejaba paso, cuando vió entrar en la habitación á un personaje de cierta edad, vestido con traje extranjero.

En cuanto hubo entrado, el doméstico colocó el candelabro en una rinconera y se marchó, cerrando la puerta con la rapidez del relámpago.

Luis XV — pues sabemos que era él — se acercó, sonriente, á la señorita de Nevers.

Al llegar á dos pasos de ella, detuvóse y la saludó inclinándose ceremoniosamente; pero apenas la hubo contemplado, reflejóse en sus facciones la más viva admiración:

Ni él ni Blanca se habían visto nunca.

He aquí la causa:

Aunque el puesto del duque de Largardère-Nevers estuviese muy indicado en primera fila entre los genti-

leshombres que tenían derecho á acercarse al monarca, él había ido rara vez á la corte, procurando no llevar nunca á su hija.

Sabía, no obstante, que el rey les consideraba y estimaba mucho á él y á los suyos; pero, como la desordenada vida del monarca no le permitía, para con su misma persona, el respeto que creía deberle, y temiendo también que los castos oídos de Blanca llegasen á oír, en aquel medio, el relato de alguna de sus aventuras galantes, había creído más digno y prudente mantenerse á distancia.

Era tal la licencia en la corte de Francia, que, como buenos padres de familia, muchos aristócratas de elevados títulos preferían abandonar los honores y favores á que podían aspirar, y se retiraban á sus tierras antes que dejar que peligrase en la corte la inocencia de sus hijos.

Llevando todo lo extremadamente posible el respeto á los suyos, el duque Felipe se había arreglado de manera que Blanca no viese nunca la corte. Pensaba que esa vista no era espectáculo muy edificante para una joven soltera.

Además, iba con bastante frecuencia á su castillo de Lorena, ora llamado por asuntos de interés, como el que le había llevado actualmente, ora porque se le ocurriera pasar allí parte del verano ó de la época de caza.

Tan constantes ausencias motivaban lo bastante su falta de asiduidad en Versalles.

Por lo tanto, el rey veía á Blanca por primera vez y quedó deslumbrado de su belleza suprema.

Examinaba con admiración creciente, como buen entendedor, cada uno de sus detalles tan admirablemente cincelados y cuya armonía hubiera desafiado el pincel de un Sanzio.

Blanca se había levado, y se hallaba ahora de pie al lado de la otomana.

También ella miraba atentamente al monarca; pero, sin saber por qué, á pesar de la bondad que en el rostro de éste se leía, experimentaba como una desconfianza que la inducía á ponerse en guardia contra él.

Sorprendía en sus ojos un resplandor que la inquietaba y se sentía molesta bajo su mirada inquisitorial.

En esa situación expectativa pasaron un minuto largo.

Luis XV, fascinado, no pensaba en dirigir la palabra á la joven.

Ella fué la primera que se decidió á hablar.

— ¿Es usted, caballero — preguntó con tono altivo — quien está autorizado á hacerme salir de esta cárcel?

— ¡Esta cárcel! — repitió el rey.

Y llamando á sus labios la más conciliadora sonrisa, añadió, sin contestar:

— ¿Luego está usted prisionera?

— ¿No es estarlo, el verme, como me veo, retenida contra mi voluntad en un lugar sin salida?

— ¡Oh! sin salida... — dijo Luis XV señalando hacia la pared por donde él había entrado.

— Quiero decir sin salida para mí, porque esta puerta tiene un secreto que yo no conozco.

— Ya lo conocerá.

— Entonces, en seguida, porque no quiero permanecer un minuto más en este calabozo.

— Cuando menos, déjeme presentarme, señorita; soy el príncipe Boleslas Kzinski; ahora, permítame que hable un momento con usted.

— ¡No! — gritó la impetuosa joven, dando golpes con el pie. — No le conozco, ni quiero oír nada... ¿No es ya bastante haber tenido que sufrir el sarcasmo de una criada insolente?... ¡Si es usted verdaderamente gentilhombre, caballero, haga que cese este secuestro y no retrase lo más mínimo el devolverme la libertad que tan cobardemente se me ha quitado.

¡Sí, cobardemente! — añadió, animándose más, al son de su propia voz. — En efecto, ¿por qué poder arbitrario se han apoderado de mí mientras dormía y me han conducido y secuestrado aquí? ¿Puede usted decírmelo? de ser así, hable, consiento en oírle.

Aunque en parte prevenido, no esperaba Luis XV tan agitada rebelión; pero estaba muy contento de tener que poner en juego, para la lucha que se preparaba, todas la sutilidades de su imaginación, algo enmohecida por falta de ejercicio.

— Niña querida, si usted quiere, vamos á sentarnos uno al lado de otro y á hablar tranquilamente, como buenos amigos. Entonces, tal vez consiga yo explicarle lo que parece que tanto le extraña.

Y, con la mano, invitó á Blanca á colocarse en la otomana, donde se sentó él al mismo tiempo.

La señorita de Nevers titubeó un poco, sorprendida

por el giro que tomaban las cosas; luego, se decidió á imitarle.

El caso es que su interlocutor le imponía.

— Me preguntaba, usted, señorita — dijo este último, — ¿por qué le han traído aquí y la obligan á quedarse? Vamos, ¿no se le ha ocurrido pensar que podría ser efecto de alguna causa mayor?

— ¿Causa mayor? — preguntó la joven abriendo sus ojos que parecieron al supuesto príncipe polaco dos diamantes negros. — La verdad, señor, no veo...

— Usted no lo ve; pero ¿y si otro lo viera en su lugar?

— ¿Si viera qué? No sé lo que quiere usted decir...

El monarca hubiera podido contestar que tampoco lo sabía él; puesto que emitía frases para tener tiempo de buscar un motivo plausible que presentar á la señorita de Nevers como causa de su reclusión.

Aprovechando un instante de silencio, ésta intentó declinar su calidad; acababa de pensar que tal vez la hubieran confundido con otra, y empezó á decir:

— Yo soy hija de...

— Ya lo sé... ya lo sé... — interrumpió el rey, — me es usted perfectamente conocida.

No le costó esfuerzo alguno distinguir en la nueva cautiva un origen aristocrático; pero, por raro cargo de conciencia, temía saber ese origen, por miedo á oír pronunciar algún nombre que estuviera obligado á respetar.

Con paternal acento, prosiguió:

— Vamos, ¿no le han dicho hace un rato que alguien deseaba su bien?

— ¡Ah! no me hable usted de eso — exclamó Blanca. — La vieja que ha venido á este salón hace unas dos horas me ha hablado en ese sentido, es verdad; pero le he replicado que, salvo mis padres, por desgracia lejos de París actualmente...

— ¡Ah! ¡ya está! — exclamó el rey á quien estas palabras hicieron hallar de repente un pretexto.

— ¿Cómo que ya está?

— Claro, señorita; el estar fuera de la capital sus padres es la causa de cuanto le ocurre.

— Cada vez lo entiendo menos.

— Su padre va á menudo á la corte, ¿no es eso?

— Al contrario, muy rara vez.

— ¡Ah! — exclamó el príncipe polaco, á quien pareció contrariar esta pregunta.

— Podría ir todos los días si le agradase, porque es el duque de...

— Bien, bien, lo sé, ya se lo he dicho... — interrumpió de nuevo el amo de Lebel, haciendo sin notar lo el juego de la favorita, al negarse á saber el nombre de la joven.

— ... Es un medio muy bullicioso para él, y, amigo de la tranquilidad, prefiere no aparecer por allí.

— Y hace muy mal... De ahí le viene su desgracia.

— ¡Su desgracia! — exclamó Blanca, sin notar las extrañas contradicciones de las palabras de su interlocutor.

— Sí, su desgracia. El abstenerse continuamente de la corte ha ofendido al rey, que, para castigarle, lo ha desterrado á sus tierras.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MÉXICO

Tan increíble revelación sorprendió á tal extremo á la joven, que permaneció sin voz largo rato.

Es de notar que el supuesto príncipe polonés había desempeñado bastante bien su papel hasta entonces; puesto que, contra lo que era de esperar, había conseguido que le escuchase su impaciente prisionera y había obtenido de ella una á modo de confianza, ya que la joven empezaba á discutir.

— ¿Desterrado, mi padre? — balbució al fin — ¡No puede ser! No me hubiera dejado sola en París. No, no es posible; además, ya me lo hubiera dicho.

— Tal vez temiese disgustarla y haya pensado que es preferible no decirle nada hasta nueva orden.

— No, no; de ser así, me hubiera llevado consigo, estoy convencida. Además, nada de particular tiene su ausencia de París; puesto que todos los años se va en la misma época.

Por segunda vez dejó ver un gesto de mal humor, el insidioso monarca. Enfadábase contra el azar, que contradecía sus mentirosas invenciones.

— Precisamente — dijo, tratando de recobrar su carátula de hombría de bien — ha aprovechado el que su destierro coincidiese con uno de sus éxodos anuales, para ocultárselo á usted.

— ¡Gran Dios!... ¿Qué me dice?... ¡Pobre padre!...

Y la joven, cuyos nervios sufrían ya hacía tiempo, estalló en sollozos, mientras que Luis XV se felicitaba interiormente de su maña.

Ya sabía ahora la marcha que tenía que seguir para

captarse el corazón de la desgraciada niña y hacerla tomar con calma la prisión.

Cuando vió que su dolor disminuía de intensidad, le preguntó:

— ¿Empieza usted á comprender ahora?

— ¡Ay! — exclamó ella á través de un llanto; — sólo comprendo una cosa: que debo ir á unirme con mi padre, sin tardar. Aunque tiene á su lado á mi madre y á mi hermano, estoy segura que me echa mucho de menos.

Como es natural, la joven ignoraba el regreso de su hermano á París.

— No, hija mía, no es eso lo que debe usted hacer — dijo el monarca al ver que esa determinación destruiría su plan. — En vez de ir á reunirse con su padre, es mucho mejor que trate usted de conseguir que lo llamen.

— Yo, ¿y de qué modo?

— Yendo á solicitarlo al de quien depende.

— ¿Al rey?

— Naturalmente.

— Me rechazará.

— Creo poder asegurarle que, lejos de rechazar á usted, la escuchará con la mayor cordialidad y tendrá en cuenta su súplica.

— Si estuviera segura...

— Se lo afirmo...

— ¿Cómo lo sabe usted?

— Lo sé... porque... yo lo veo con mucha frecuencia y que, por tanto, he podido observar, varias veces lo

mucho que se compadece de todas las desgracias, aun de las que él ha provocado.

— Entonces, ¿por qué las provoca?

— Á veces, no tiene más remedio, está obligado.

— Nadie está obligado á obrar mal... ¡Y yo que lo creía bueno é indulgente!

— Lo es, en efecto... — replicó el rey, dándose así, por su propia autoridad, patente de bondad.

— Si lo fuera, ¿hubiera desterrado á mi padre, el mejor de los hombres, á quien él mismo creó duque de...?

— Le repito que ha sido para castigarlo del desprecio que muestra á la corte — interrumpió Luis XV.

Y, aparte, pensó:

— ¡Ah! Por lo visto, el padre de esta niña me debe su título... ¿Á quién he hecho yo duque?...

De repente frunció el entrecejo, porque Blanca acababa de decirle:

— ¿Merece tal rigor semejante futilidad?

¡Hablar tan ligeramente de la corte, de aquella corte, á sus ojos la primera del mundo, y que él suponía gozar de sin igual prestigio! Realmente, aquella chiquilla era demasiado audaz, y no había más remedio que retirar aquella apreciación, que él consideraba como ofensa grave.

Pero, pensado en seguida que no era aquel momento oportuno, dado el objeto que perseguía, retuvo la mercurial que preparaba y continuó, con un dejo de mal humor:

— No es más que una futilidad, convengo en ello,

señorita; sin embargo, el rey ha creído ver en ello una ofensa á su dignidad y ha querido castigar al culpable.

— ¡Castigar tan duramente! ¿Y cuánto tiempo tiene que durar el destierro de mi padre?

— No lo sé. Un año... acaso dos...

— ¿Y cree usted que yo podría abreviar ese destierro?

— Y hasta hacerlo terminar en seguida, si se las sabe arreglar.

— En ese caso, voy inmediatamente á ver al rey — dijo Blanca levantándose.

— ¡Oh! ¡Á Su Majestad no se le ve tan fácilmente — dijo el monarca haciendo sentarse otra vez á la joven.

— Hay que ser presentado á él.

— ¡Dios mío! — exclamó Blanca. — ¡Mi cabeza se extravía! ¿Á quién podré dirigirme, yo que no conozco á nadie!

— ¿No estoy yo aquí?

— Es verdad... Usted es príncipe, según me ha dicho... príncipe polaco...

— Y además, algo pariente de Su Majestad la reina.

— ¡Ah! ¡comprendo!... ¡Pues bien! ¡si me concede usted tan eminente favor, le tendré agradecimiento eterno!

— Se lo concederé tanto más á gusto, hija mfa, cuanto que estoy aquí con ese solo objeto.

— ¡Aquí! — exclamó la joven, á quien esa palabra recordó de pronto la situación actual. — ¡Aquí! ¡Ah!

ya no me acordaba del lugar en que me encuentro. Pero... ¿por qué me han traído, contra mi voluntad, á este sitio, durante mi sueño?... ¡Vaya un medio raro de hacerme favores!... ¿No podían haberme enterado en el convento de la desgracia de mi padre?

XII

AVENENCIA

Por diplomático que se sea, es á veces difícil desviar la lógica de las jóvenes. Hacía ya un buen rato que Luis XV hacía el duro experimento y veíase obligado á llamar en su auxilio todas las hipócritas finezas aprendidas con el cardenal Dubois, primero de sus primeros ministros después de la regencia del duque de Orléans, para no ver destruido su andamiaje de mentiras, por el espíritu deductivo de la joven reclusa.

Y respondió á la niña :

— Se temía que hiciera usted lo que acaba de decir, esto es, que, en vez de solicitar su gracia, fuese directamente á unirse á él, lo que no le hubiera servido de nada.

— Le hubiera servido para consolarle — replicó Blanca.

— Y para dejarle para siempre en el destierro... Por eso he preferido usar una suave violencia para imposi-

bilitar el que salga usted de París, y para obligarla á que pida al rey su favor.

— ¿Luego es á usted á quien debo mi rapto? — preguntó Blanca, más bien sorprendida que agresiva.

— Sí, porque yo soy uno de los mejores amigos de su padre, y mi amistad es la que me ha aconsejado proceder de ese modo con usted. Por eso le decía, al empezar, nuestra conversación, que la habían conducido aquí por causa mayor.

La señorita de Nevers hubiera podido extrañarse de no haber visto nunca en su casa á tan celoso amigo; pero estaba demasiado afectada por la triste noticia que le acaban de dar, para hacer tal observación.

Además, como las explicaciones que le daba su extraño interlocutor tenían suficiente carácter de veracidad para que las creyese ella, acabó por encontrar muy razonables cosas que antes le parecían sorprendentes.

De todos modos, le quedaban aún varios puntos por aclarar.

¿Cómo debía interpretar las raras conversaciones que había tenido con la vieja?

¿Qué significaban aquellos vestidos suntuosos, las soberbias alhajas con que iban á adornarla; la palabra Edén aplicada á aquella mansión y sobre todo el adorador que ella le había anunciado?

Su franqueza nativa no podía amoldarse á aquellos misterios. Indicó algo de esto al príncipe polonés, cuyas buenas intenciones no dejaban en ella sombra alguna de duda.

— Ya me figuró lo que es — contestó éste que, decididamente estaba en vena de imaginación y encontraba respuesta para todo. — La señora Bertrand, mi encargada, habla siempre en sentido figurado. Habrá tenido simplemente intención de hacerle saber que no puede usted presentarse ante el rey con ese traje de convento; que, según la etiqueta, hay que aparecer en traje de corte, el cual, en efecto, consta de vestidos suntuosos, alhajas, etc... y que todo eso se hallaba aquí á su disposición. Y asimismo, habrá empleado la palabra Edén para designar esta habitación que no es, en realidad, sino mi casa de recreo.

En cuanto al adorador en cuestión, se habrá explicado mal; habrá querido decir « amigo », amigo sincero, nada más.

Blanca estaba ya tranquila y nada tenía que temer.

— Una vez más — dijo — le repito que no sé cómo agradecerle la poderosa ayuda que me presta en tan dolorosa circunstancia, caballero. Pero, ¿querrá usted llevar su amabilidad al colmo, presentándose al rey cuanto antes?

— Mañana por la noche iremos los dos á verle, hija mía.

— ¿Hasta mañana no?

— Va usted á comprender lo que me hace pedirle ese plazo. Mañana por la noche, una dama de la corte, la marquesa de Coislin, da una gran fiesta, un baile de máscaras, en su castillo de Chèvreloup, poco distante de Versalles, en donde está usted actualmente.

Sé que su Majestad piensa ir allí á pasar un rato.

Por experiencia sé que el rey está mucho más inclinado á la clemencia en un terreno neutro, en medio de los placeres, que cuando se halla ocupado en los negocios de Estado. Prefiero, pues, esperar hasta mañana, para presentarla á él á fin de asegurar mejor el éxito de su petición.

— ¡Oh! gracias, caballero, gracias... ¡Le bendeciré á usted toda mi vida!

É, impulsada por la profunda gratitud que sentía hacia el generoso extranjero, le cogió las manos, estrechándolas tiernamente entre las suyas.

Este movimiento produjo un resultado imprevisto.

Al contacto de la sedosa epidermis de la joven, el supuesto polonés que, desde que se hallaba sentado á su lado, realizó grandes esfuerzos para permanecer frío ante los encantos que sus maravillados ojos no cesaban de descubrir en ella, sintió correr por sus venas ardiente llama, y, olvidando toda prudencia, con ademán brusco, atrajo hacia sí á Blanca y depositó un beso abrasador en su mejilla.

Su acción fué tan rápida que no pudo sustraerse á ella la señorita de Nevers.

Pero, al instante, lanzó la joven un grito de vergüenza y se levantó temblorosa.

Sus senos palpitaban, y en las miradas que dirigía al monarca brillaba violenta ira.

— ¡Torpe de mí! — pensó este último. — ¡Me he precipitado demasiado! ¿Cómo diablos podré reparar mi tontería?

Meditó algunos instantes muy turbado por saber lo

que iba á decir á Blanca para volver á adquirir su confianza.

Al fin su cerebro inventivo le sugirió uno.

Adoptando aspecto de mucha extrañeza, preguntó á la joven:

— Pero ¿qué tiene usted, señorita? ¿Y de qué procede esa actitud súbitamente hostil que noto en usted? ¿La habré ofendido sin querer?

— ¿Se atreve á hacerme semejante pregunta? — observó Blanca con tono duro; — ningún hombre, hasta ahora, excepto mi padre y mi hermano, ha tenido la audacia de besarme, y considero ultrajante para mí la licencia que acaba usted de permitirse.

— Siendo así, me arrepiento vivamente de haberme dejado llevar; crea usted que no era mi intención faltarle al respeto. Pero, ¡cómo había de ocurrírseme la idea de que un beso casi paternal pudiera ofenderla! Míreme, niña querida, disto mucho de ser joven, y parece que mi edad quita toda idea ofensiva á esa familiaridad.

Aunque Blanca no recordase haber experimentado nunca semejante sensación bajo los besos de su padre, el sincero acento que Luis XV supo imprimir á sus palabras empezó por disminuir su enojo.

Luego, observando que, como él decía, no era el culpable muy joven, y que, por consiguiente, ella no debía de ser para él sino una niña, acabó por convencerse de que se había incomodado sin razón y le devolvió por completo su confianza.

Y hasta llegó á deplorar su vivacidad con respecto

á él. ¿Y si se enfadase éste y se negase ahora á secundarla en su empresa?

Este pensamiento la espantó y, extremándolo todo, como las personas de su carácter, quiso rescatar inmediatamente su falta.

— Caballero — replicó, — ya que es así, yo soy la que debo arrepentirme de haber sospechado en usted una indignidad. Dispénsese, pues, mi conducta, y esté más seguro que nunca de mi agradecimiento por la ayuda que me promete.

— Señorita — repitió el monarca, satisfechísimo por ver la rapidez con que la joven volvía á él. — No tengo que dispensarla. Su prontitud en juzgar mal las cosas no hace sino aumentar la estima en que la tengo. Eso me demuestra lo muy sensible que es usted á cuanto pueda parecerle un atentado contra su honor, y no puedo menos de darle mi más sincera enhorabuena. Ahora, para terminar nuestra conversación, déjeme repetirla que aquí está usted en su casa, que puede entregarse á las distracciones que le plazcan y que le bastará manifestar el menor deseo, para que sea ejecutado en seguida.

— Gracias, señor; estoy demasiado preocupada por el paso que voy á dar con el objeto de obtener el indulto de mi padre, para pensar en distraerme de cualquier modo. No pido más que un favor, y es que no me dejen encerrada constantemente en este cuarto que me parece una cárcel, y, si es posible, ir de cuando en cuando á respirar el aire fuera.

— Iba á proponérselo. Ahí detrás, hay un jardín que

distinguiría usted á no ser por los árboles colocados ante esa ventana. Por él podrá pasearse cuanto quiera. ¿Quiere usted ir ahora?

— No; esta noche prefiero quedarme dentro para estar á solas con mis pensamientos.

— Como guste, hija mía. Se lo digo una vez más, tiene usted completa libertad de acción.

¡Ah! debo prevenirle también, que su morada no se limita á este cuarto único, que, como usted dice, parece una cárcel. Va usted á ver las habitaciones de que consta.

Llamó á un timbre.

El criado de librea pálida que había traído el candelabro, reapareció en el acto.

— Diga á la señora Bertrand que venga — le ordenó el rey.

Al cabo de medio minuto se presentó ésta.

Entró á toda velocidad, creyendo que su amo la llamaba para ayudarle, pues la vieja lo suponía peleándose con el « demonio encarnado », y estaba persuadida de que reclamaba su presencia para ayudarle á sujetarla.

¿Cómo describir su sorpresa al ver á Luis XV sentado tranquilamente al lado de la joven que, no sólo parecía haber abandonado toda veleidad de revolución, sino que, además, parecía estar muy á bien con el rey?

Lanzó una mirada admirativa al monarca.

Después de la escena que acababa de desarrollarse entre ella y Blanca, no esperaba tan pronta sumisión.

Aquel cambio tenía algo de milagroso.

Observando el rey su sorpresa, respondió á su mirada con un guiño que quería decir :

— Vea usted como no es difícil la cosa : todo es cuestión de saberse arreglar.

Luego, dirigiéndole la palabra, añadió :

— Sírvase enseñar á esta señorita las demás habitaciones.

Ante esta orden, la vieja se dirigió hacia una parte de la pared y, mediante una presión de su mano en cierto lugar de la moldura que rodeaba el cuarto, la abrió súbitamente, como la había abierto ya antes para dejar pasar al visitante.

Entonces distinguió la señorita de Nevers un dormitorio maravillosamente decorado, en cuyo fondo había una amplia cama con cortinas de seda púrpura.

Un poco más allá, prodújose una segunda abertura y dejó ver un elegante tocador con una bañera de mármol rosado y con los numerosos accesorios que generalmente lleva consigo esa especie de santuario.

No había un solo mueble, ni un solo objeto que no fuese de gusto exquisito y de un trabajo refinado.

Pero todo, tanto en una habitación como en la otra, todo tenía, en diferentes formas, el emblema exclusivo de la divinidad á que servía de templo aquella casita.

Afortunadamente, como hemos dicho, Blanca tenía el corazón tan puro como el más puro cristal, y no le extrañaba aquello.

No comprendía.

Luis XV, que la miraba á hurtadillas, no pudo observar en ella sino viva curiosidad, nada más.

— ¡ Qué candor! — pensaba el rey — ¡ y cuánto podré enorgullecerme de haber conquistado á tan deliciosa niña!

Porque tenía la absoluta convicción de que Blanca sería su amante... y pronto.

Considerando por entonces inútil prolongar su presencia junto á ella, creyó deberla dejar.

— Señorita — le dijo, — voy á retirarme, reconozco que, efectivamente, necesita usted quedarse á solas con sus pensamientos. De todos modos, que no sean éstos muy tristes, pues lo que usted desea para su padre es cosa segura, se lo garantizo. Hasta la vista, pues; vendré á buscarla mañana, para acompañarla al castillo de Chèvreloup.

Luego, después de besar galantemente la mano que la señorita de Nevers no se atrevió á retirar, se fué, acompañado de la señora Bertrand, á la cual había hecho una seña para que le siguiera.

Cuando ambos se hallaron donde no pudiera oírles Blanca, el rey dió algunas instrucciones á la matrona.

— Ante todo — le dijo — no le hable de nada que pueda alarmarla. Ha sido usted muy imprudente al hablarle de vestidos magníficos; de alhajas de gran precio y sobre todo de haberle anunciado un adorador. Sus palabras han sido muy torpes y he tenido que modificar absolutamente su sentido, á fin alejar de su imaginación la mala impresión que le habían causado. Y sin embargo, con un poco de perspicacia, hubiera

usted podido comprender que esa muchacha no se parece en nada á las demás reclusas de este lugar, y que no es, como ellas, fácil de seducir con el aliciente del lujo y la esperanza de verse adorada.

Después, si habla usted con ella, no olvide que yo soy un amigo de su padre y no otra cosa.

— ¿Lo será usted de veras? — preguntó la Bertrand con cínica sonrisa; — no dejaría eso de tener gracia.

— ¡No! — replicó Luis XV con impaciencia y pareciendo ofendido por esa suposición; — pero me he hecho pasar por tal á sus ojos.

Luego, para sí mismo, añadió:

— El caso es que podría ser...

— En fin — continuó en voz alta — como la he autorizado á que goce del jardín cuanto quiera, procure usted, en cuanto ella desee pasearse, dejarlo solitario. Es menester que no encuentre en él á nadie; de lo contrario, la menor indiscreción podría enseñarle en dónde está, y entonces, hiciéramos lo que hiciésemos, nos sería imposible tenerla aquí... á lo menos, por su voluntad... ¡Ah! Y sobre todo, que no vea á Camila... El encuentro de estas dos jóvenes sería desastroso... ¿Me ha entendido?...

— Muy bien, Sire — repuso la matrona, — y le prometo seguir exactamente sus órdenes.

Luis XV se mudó de traje y salió encantado del Parque de los Ciervos.

No sentía remordimiento alguno de su mentira para con Blanca, así como tampoco de la tortura moral que le infligía.

Pero no dejaba de estar algo perplejo acerca del modo de arreglarse para desenredar la madeja tan enredada por él.

— ¡Bah! — se decía — cuando ya no tengo nada que fingir con esa chiquilla, ya hallaré medio de que me perdone mi astucia.